

pero ni aun los cuerpos des-
en el hospital serán sufi-
r con el mayor realismo esos

az de pintarnos una de estas
rio valernos del cine sonoro,
itos y lamentos; las sacudidas
fuerzas de las víctimas que
n pie, después de un choque;
upor al ver los miembros des-
spectáculo que ofrece el cuerpo
uesos triturados; la insistente
histérica que grita, cegada por
por sus mejillas.

idarios consistirán en huesos
por entre la carne; superficies
que sangran, donde la ropa y
s simultáneamente.

difícil del camino pudieran ex-
cia, los espectros de una ca-
los, el espectáculo accidental
pos ensangrentados, inmóviles,
s, tirados sobre la yerba, qui-
de escarmiento.

igilante de tránsito detuvo en
tomovilista, por exceso de ve-
que alegó al representant'e de
lo dejó marchar, para no amar-
familia; pero le advirtió que,
ría mucho tiempo. Cincuenta
el lugar de este incidente, se
tomóvil convertido en un mon-
os, con todos sus ocupantes
ación del coche sólo pudo ha-
o de la carrocería. Tal escena

hubiera causado espanto aun a personas de mucha
entereza.

Quizá nuestros lectores experimenten una sensa-
ción desagradable, al leer estas líneas; pero aquellos
que crean tener la serenidad necesaria para correr
exponiendo su vida y la de los demás, también de-
berán tenerla para seguir leyendo; a quienes no ha-
yan escarmentado ante un hecho real, podrá servir-
les de algo esta macabra lectura.

Como un gato, es traicionero el automóvil. Cuesta
trabajo comprender que es uno de los proyectiles
más mortíferos que existen. Un coche moderno puede
correr a más de 100 kilómetros por hora—unos 30
metros por segundo—; velocidad que basta para po-
ner una injustificada responsabilidad en los frenos del
vehículo y en los reflejos humanos. Instantáneamente
se convierte en un monstruo.

Cada variedad de accidente: colisión, volcadura
o caída de costado, ocasiona una detención brusca,
fatal para la dirección del volante, que se quiebra,
y fatal, también, porque hace añicos al carruaje. Sus
ocupantes se ven lanzados en la dirección inicial y
a la velocidad que llevaban; cada superficie y cada
ángulo del interior del vehículo se convierten enton-
ces, en proyectiles que golpean, rasgan y destrozan
directamente el cuerpo humano. No hay manera de
contrarrestar las imperativas leyes de la física.

En un choque automovilístico puede suceder cual-
quier cosa, inclusive esas salvaciones milagrosas de
las que se oye hablar de vez en cuando. Algunos
salieron con ligeras rozaduras, a través de los cris-
tales de un auto; pero no por eso dejaron de estar
en peligro de muerte.

Recientemente la autoridad abrió la portezuela
de un coche que había rodado por un precipicio, y